

QUÉ MÁS QUIERE EL CIEGO..., QUE VER

Francisco Miguel Cubero Lorón



Image not found.

Capítulo 1

Qué más quiere el ciego... que, ver

Juan-Carlos esperaba sentado en su cama del hospital, a que le vinieran a buscar los enfermeros y llevarle al quirófano, para la operación en la que llevaba tanto tiempo en lista de espera, porque era una novedad en el tratamiento oftalmológico y muchos eran los que se habían apuntado a ser conejillos de indias, para algo que sólo tenía ventajas: ver. No era "volver a ver", en su caso, sino comprender qué era eso de "ver", del que los otros tanto hablaban.

Se sentía nervioso y dudaba, frente a todo lo que los familiares y amigos le decían sobre tantas cosas como se estaba perdiendo por haberse quedado ciego al poco de nacer, por culpa de una infección durante el parto de su madre. En realidad, sentía que tenía miedo a lo desconocido y, la luz, como para los videntes la obscuridad, era lo desconocido. Le hablaban de colores, de paisajes, de la belleza, de la necesidad de palpar algo para saber cómo era. Y no imaginaba conocer la forma de algo, sin ser palpado. Pero no se podía deslizar los dedos por una montaña, ni una nube, ni el cielo. Ni que éste fuera azul, porque... ¿qué significaba ser "azul"? Sabía lo que era una mesa, a qué olía una manzana en sazón, o el murmullo de las hojas de los árboles del parque, mecidas por el viento. Qué importancia podía tener si un escarabajo era negro, como le decían, si él sentía su piel acorazada y suave, y sus patitas fuertes sobre su mano, tratando de escapar, mientras lo viera a través de su tacto. Él, también podía distinguir si era macho o hembra, porque olían distinto.

Su mundo era otro, diferente al de los demás, y lo percibía a través de los otros sentidos que había desarrollado mucho más que los videntes. Y tenía miedo de descubrir algo, tras ver, que no le pudiera gustar, que le pudiera defraudar, sobre las imágenes que tenía de lo que había visto con sus dedos, con sus manos, con el olfato, o el oído. Tenía dudas sobre si todo lo que sentía ahora y sus conceptos, cambiarían al poder captar su luz a través de los ojos, y que todas las expectativas que tenía sobre lo maravilloso que era el firmamento, o la luna, o el arco iris, fueran muy distintos de cómo él los había interiorizado desde su nacimiento.

Y descubrir cómo era Elena, su mujer, si el pelo negro tan atractivo que tenía, según le decían, y que tantas veces había acariciado, era como el que su olfato y su tacto, se lo habían dibujado. Sentía miedo, a ver. Y un vértigo le entró de repente, apretando la mano de Elena, sin darse cuenta. Ella, sí que sabía lo que le estaba pasando, porque muchas veces lo habían hablado y preguntado: "¿Y si, de repente, viera?", cuando sólo era un imposible hasta que no se había descubierto la técnica novedosa de devolver la vista, aunque sólo se hubiera realizado en animales de

laboratorio. Y éstos, cuando se recuperaban de la anestesia y volvían a la nueva realidad de ver, en el caso de los que nunca había visto, corrían despavoridos de un lado al otro de sus jaulas, ante el ataque de imágenes que no comprendían. Los médicos esperaban que en los humanos, que sí sabían que iban a tener sensaciones nuevas (los que habían visto antes, no tenían más que esperanza en todo esto) si la operación era un éxito, imaginaban que sería una mezcla de asombro, admiración y extrañeza ante esa forma de percibir el mundo. Lo que era tangible y tenía la forma y el tamaño adecuados, le era fácilmente asimilado en su actual estado. A veces, lo hacía a través de una maqueta, como la de un camión, un avión o una montaña. Pero ¿cómo serían en la realidad conceptos más inconcretos, como el mar, que sólo era, para él, sonido, sensación de humedad, sabor salado y temperatura, pero que no tenía un concepto del conjunto?

También tenía ilusión para hacer cosas, como correr. Toda su vida estaba hecha a cámara lenta, para no tropezar, golpearse, esquivar los obstáculos a tiempo a base de anticiparse con su bastón; pero correr, soltando así toda esa energía que tenía su cuerpo de 35 años, sólo lo podía hacer en la cinta del gimnasio.

A Elena, su mujer, se la había recorrido en innumerables ocasiones y conocía cada rincón de su cuerpo y ese olor que sólo ella tenía, y que permitía detectarla mucho antes de que llegara hasta ella. Pero... ¿y las demás chicas? Él, sólo se sabía el cuerpo de Elena, pero estaban las demás chicas a las que le gustaba oírlas hablar, o reírse, o sentir los diferentes perfumes que usaban. Y a ésas que no acariciaba, que no las tenía recorridas con sus manos o con su boca, ésas, no estaban bien definidas en su cabeza. Y sentía curiosidad por saber si la nueva forma de percibir toda la realidad, cercana o lejana, incluidas las chicas que le gustaban, iba a ser mucho mejor.

También sentía curiosidad por los paisajes, o por los museos. Había ido varias veces a sentir las esculturas de algunos museos, a donde les permitían pasar las manos a los invidentes, sobre el mármol frío de las estatuas y apreciaba la belleza de ellas, con la ayuda de las explicaciones de los guías que llevaban. Pero se quedaba con la sensación de no poder comprender, los cuadros. Todos los comentarios que oían a los otros visitantes, los que sí veían, extasiados ante las bellezas realizadas con pincel, sobre un lienzo plano, que no significaba nada para él, ni aunque se los hubieran dejado tocar. Y otra vez con... "qué colores...", que decían algunos visitantes y que no podía comprender qué eran, por mucho que tocara formas.

Ahora que estaba a punto de entrar en otra dimensión, la que era la normal para la mayoría y que por tanto, ésta, no lo valoraba porque ver era, lo habitual, lo cotidiano que pasaba desapercibido. Y el cambio que se le avecinaba, le producía vértigo y una extraña esperanza, ante lo

desconocido.

Se abrió la puerta de la habitación, y entraron dos enfermeros, portando una camilla.

- "Es la hora, Juan-Carlos. Todo saldrá bien, ya lo verás. Vas a ser el primero en recuperar la vista, después de toda tu vida sin ella", le dijeron sonriendo, dando por hecho que eso era lo más esperado para quien nunca antes había visto.

- "No tengas miedo, Cariño: verás, nunca mejor dicho, cómo estarás muy contento de tener lo que te hará más libre y completo", le dijo Elena, mientras lo subían a la camilla.

- "Nunca lo eché de menos. Mi vida era igual de feliz, sin vuestros colores", le contestó.

- "Ver es, conocimiento. Y nunca conocer más debe ser motivo para dejar de ser feliz. Bueno, los tontos creen que sí y, tú, nunca has sido un tonto", y le apretó ella la mano mientras le daba un beso en los labios. "Te quiero. Espero no defraudarte cuando sepas cómo soy, realmente ¿eh?", terminó bromeando, Elena.

- "Ése sí que será un buen motivo para ver. Seguro que no me defraudas, que tú dices. Bueno..., a ver también cómo son las demás: nunca se sabe", le contestó ya cuando se lo llevaban, para darle celos. Y levantó su mano, para decirle adiós, desde el pasillo. Pero a Elena, aquella broma de su marido, la dejó un poco pensativa y se sintió como algo desarmada, aunque se sabía guapa. Pero era guapa para los que siempre habían visto. Y él... ¿qué encontraría en ella, al entrar en el mundo de la luz? ¿Cómo sería su canon de belleza, a partir de entonces? Seguiría queriéndola, como siempre. Seguro. Tomó aire, y deseo que todo fuera bien, y rápido.

Sumida en esa esperanza, Elena, recordó cómo había conocido al único amor de su vida. Porque estaba muy enamorada de Juan-Carlos y fue un flechazo que iba hundiéndose en la carne palpitante de su corazón, un poquito más cada día, hasta que paró en el hueso. Y ahí seguía.

Recordó aquella mañana luminosa de invierno, más cálida de lo normal en esas fechas de un febrero de hacía trece años, en el que ella, estudiante de Bellas Artes en Madrid, había tenido que asistir como asesora de arte, a un grupo de invidentes, por un acuerdo entre la Universidad Complutense y el Ministerio de Asuntos Sociales, para que aquéllos pudieran visitar el Museo del Prado y lo sintieran a su modo. Algunos de ellos, lo habían visitado cuando aún no eran invidentes; otros, no lo eran totalmente y, unos pocos, nunca habían visto. Entre éstos últimos, vio a un joven alto, pelo largo y como de unos veintipocos años, que se pegó a ella para recibir las explicaciones que les iba dando sobre lo

que en cada sala había, de qué iban los cuadros allá expuestos y la esculturas que, al tener permiso para tocarlas, eran lo que más llamaba su atención. Él le iba haciendo constantes preguntas y pidiendo aclaraciones sobre las explicaciones de Elena, mostrando más interés que los demás y haciendo comentarios graciosos según qué partes de las esculturas tenían que acariciar para interpretarlas.

La verdad es que Juan-Carlos, tenía como un sexto sentido que le hacía moverse sin dificultad también en ese territorio nuevo, en medio del silencio reverencial de los visitantes ante las obras de arte. El silencio, allí sólo difuminado por los siseos, siempre le despistaba un poco por la falta de referencias. La voz de Elena y el entusiasmo que le ponía en transmitirles sus conocimientos sobre el arte, era, su orientación y, cada vez más, su motivo para disfrutar de esa mañana. Y ella notó cómo se le arribaba de una forma especial, que al principio sólo lo entendió como un mayor interés, que el que parecía tener el resto del grupo. Más de una vez, pasado el tiempo, se reían de este juego inicial en el que también ella procuraba situarse junto a Juan-Carlos, si por momentos se rezagaba entretenido en alguna Venus.

Y del juego aquél de su primer día, fueron avanzando a partir del primer café que se tomaron juntos al terminar la jornada de visita al Museo del Prado, con la excusa para ambos de seguir departiendo de arte. Elena se sentía atraída por aquél joven guapo donde su incapacidad de ver las cosas como las demás, no se interponía en la atracción. Y tampoco se le veía desvalido sino todo lo contrario, como si desde su posición de invidente dominara más espacios y con más sensibilidad que los demás. Y a veces, la hacía dudar de si realmente era ciego o no, porque le descubría cada gesto que ella hacía, cualquier pequeño matiz distinto de su voz que él interpretaba a la primera, acertando y dejándola descolocada. Y se le fue apoderando y haciéndosele imprescindible, a pesar de que tenía, en un contra medio sugerido, a todos los familiares y amigos, que sin decírselo claramente, le hacían ver que aquél amor tenía más inconvenientes que ventajas. Pero Elena, una vez más, se dejó guiar por su instinto y, de nuevo, acertó. Y se casó con él, cuando ya todas las reticencias de los que bien la querían, se vinieron abajo ante la especial personalidad de Juan-Carlos.

Todo esto pensaba mientras él estaría en esos momentos, anestesiado y los médicos, mediante un procedimiento "poco invasivo", le iban a volver a la normalidad de todos los demás, que en una inmensa mayoría, percibían la vida, por la luz. Y sintió miedo; y no era a la operación en sí, sino a sus consecuencias para su forma de relación, tal como se la tenían repartida. Un miedo parecido a los que les tocaba una gran cantidad de dinero a la lotería y que con él, en vez de aumentar la felicidad, sólo habían logrado tener más dinero. Él no era un inválido. Sólo, invidente. Y

sentía la angustia por el...: "y ahora... ¿qué?".

A las tres horas de habérselo llevado, la puerta de la habitación se abrió, y entró el médico jefe de los que le habrían intervenido y se dirigió a Elena, que seguía sumida en los recuerdos de su vida junto a Juan-Carlos.

- "Ya estamos aquí, Elena", le dijo sonriente y, su sonrisa, le devolvió la tranquilidad de ella. "Ya hemos acabado la intervención y todo ha salido muy bien. Juan-Carlos está volviendo de la anestesia y se encuentra en perfecto estado, con todas sus constantes vitales, en su sitio. Eso nos ha dicho ahora, a pesar de la modorra que aún tiene, pero ya sabes cómo es él, siempre con su buen humor", siguió el médico. "Bueno, y ahora, pues cuando ya esté recuperado del todo, lo traeremos aquí y empieza para nosotros, si todo ha salido como esperamos, la incógnita de cómo vamos a hacerle entrar en el mundo de la luz. En principio, creemos que será conveniente un proceso gradual de adaptación a ello, y tendremos la habitación en casi penumbra y con unas gafas que casi opacas que iremos reemplazando sus cristales a otros menos opacos, hasta ver cómo asimila lo que en su cerebro tiene que aprender a reinterpretar. Empezando por ti, Elena, que eres la persona más importante en su vida. Es que es algo nuevo, también para nosotros los médicos", terminó, como resignado. "No es un problema físico, sino emocional, no sé si me entiendes".

- "Claro, doctor, y para mí, para todos nosotros, quiero decir...", dijo mirando también a sus padres y a sus suegros que estaban allí, con ella, "... también lo es", y sus ojos brillaban, reflejando esa incertidumbre ante lo que había de venir, y para lo que no había tratados médicos que les orientaran. Miró a sus suegros, que llevaban 35 años deseando que su hijo, pudiera ver algún día, y sintió lástima por ellos.

El doctor se despidió de los cinco y siguió una espera en la que, para disimular la tensión, se pusieron a hablar de cosas sin importancia, mientras por dentro, trataban de equilibrar la esperanza y la incertidumbre.

Al rato, entró una enfermera y apagó las luces fluorescentes del techo de la habitación y bajó la persiana, hasta dejar la estancia, en penumbra.

- "Bueno, ahora se lo traemos, ya. Hasta que los doctores digan otra cosa, se van a tener que acostumbrar los acompañantes, a este ambiente de luz escasa para que Juan-Carlos se vaya adaptando al fenómeno de la visión, nuevo para él. Verán que lleva los ojos cubiertos con unas gafas muy oscuras, que ya se las iremos renovando día a día, por otras más claras. En los ojos, no ha tenido ninguna intervención y sólo ha sido a través de la parte baja del cráneo, que es donde lleva la herida. Aparentemente, poco aparatoso el vendaje. Suerte y, venga, hasta ahora mismo", y salió

la enfermera.

A los pocos minutos, abrieron las dos puertas de la habitación y trajeron la cama con Juan-Carlos sobre ella, sonriente, colgado de los goteros y alargó la mano para buscar la de Elena. Y enseguida la encontró, lo mismo que las de sus padres y suegros.

- "Hola, Cariño: ya ves, como nuevo; ahora ya..., lo veo todo más claro. Yo pensaba que serías más guapa, al natural", dijo bromeando con Elena.

- "Pero... ¿es que ves algo, ya, o qué?", dijo ella, dudando.

- "Qué cojones voy a ver: ni se te ocurra pagarles a los médicos, hasta que no vea claro, que veo. A ver si con la excusa de que estoy a prueba, voy a ver menos que antes". Y se echó a reír, junto con todos los que estaban con él, que a todos les vino bien liberar tensión, viéndolo en su estilo.

- "Bueno, hoy, te quedas así, tal cual estás, Juan-Carlos y mañana, ya, comenzaremos a comprobar si vas percibiendo algo nuevo que no hubieras percibido antes ¿vale? Por lo demás, salvo que tengamos éxito en devolverte la vista y veas el bombón de mujer que tienes, todo está bien. Por cierto..., ¿cómo un tío tan feo como tú, se ligó a una chica tan guapa?", bromeó el médico.

- "Ah..., doctor..., los trucos de un Don Juan, no se descubren. Bueno, sólo uno pequeñito que siempre funciona: con las chicas, hay que tener vista y saber elegir bien". Y todos rieron con su ocurrencia. A Elena le encantaba lo bien que se lo pasaba con él. Y otra vez le asaltó la duda: "Y ahora... ¿qué?"

Y llegó el día siguiente y los médicos se lo llevaron para hacerle las primeras pruebas de visión, comprobando que él ya percibía "cosas", que él decía, aunque no sabía muy bien cómo explicarlas.

- "Veo una cosa pequeñita que va de derecha a izquierda y luego vuelve otra vez a mi derecha. ¿Qué es eso, doctor?" preguntó Juan-Carlos, emocionado.

- "Es un poco de luz de mi linterna, la poca que dejan atravesar tus gafas, pero es una muy buena señal. Eso pequeño, ese punto es... blanco. El color blanco, que llamamos", contestó el médico, contento.

- "¿Y cuándo podré ver a Elena?", le preguntó de nuevo.

- "Tranquilo, chico, vayamos paso a paso, que no hemos hecho más que empezar. Un poco, lo tienes que decidir tú, cuando hayas visto más cosas y formas. Una linterna, un fluorescente, o una ventana, no te van a

impresionar tanto, como lo hará tu mujer. Y es muy guapa. Mira que yo, de mujeres, aunque no me como un rosco, entiendo. Soy médico". Y entre risas, y entre asombros, y entre visiones de objetos..., iba avanzando el aprendizaje, cada día.

- "Doctor: ya estoy preparado para ver a Elena. La quiero ver: ya vale de formas y de luces. Ya vale de colores. Ahora toca, la vida. Y también quiero verles a ustedes. Pero primero, Elena. Sólo a Elena, y a solas con ella. Quiero hartarme de verla a ella, pero con mis ojos. Sé que estoy preparado", le dijo con firmeza Juan-Carlos al médico, y al resto del grupo.

El médico-jefe, iba a decir algo, iba a advertirle de que podría ser pronto, pero se calló, porque ni él mismo sabía qué pasaba cuando abría de golpe esa puerta, a todas las imágenes que le quedaban por ver y sobre todo, algo tan emocional y emocionante, como a lo que él más quería. Y asintió con la cabeza.

- "De acuerdo, Juan-Carlos. Es tu decisión y la entiendo, aunque no estoy seguro de si es bueno para ti o no. Ante la duda, apuesto por el sí". Y lloró de emoción por su "obra" y los demás, aplaudieron la decisión tomada y la emoción de su jefe. Era la hora.

Calmados los ánimos, acordaron llevarle a una habitación con luz suave y una vez allí, lo sentaron sobre una camilla que en ella había, y le dijo el médico:

- "Vale, ya estás en tu sitio, pero no te quites todavía las gafas. Queremos que a quien veas primero sea a ella. Estáis un rato juntos, el que necesitéis y luego, cuando te hayas... hartado, nos llamáis y vendremos el resto de la humanidad, a verte: sólo seremos 7.000 millones de personas. Ah..., y compórtate: mira a ver lo que hacéis que ésta es una casa muy decente". Y todos rieron con la indirecta.

- "Venga, páter...", siguió Juan-Carlos con la ironía, "...presénteme a mi mujer, que me lo tengo ganado. Si me gusta tanto como me dice, le invitaré a un cortado".

- "Qué rata el tío: un cortado, por conocer a una mujer así ¿Valdrá añadir unas gotas de whisky? Qué menos..., ¿no?"

- "Valdrá, pero mándemela. ¿O tengo que ir a buscarla yo mismo, un pobre ciego?", les dijo ya, empezando a impacientarse. Los médicos, salieron, riéndose de este diálogo más propio del Club de la Comedia.

La puerta se abrió y Elena, despacito, entró y cerró la puerta, pasando

el pestillo, como le había indicado el médico.

- "Hola, Cariño..., ¿cómo estás?", le preguntó mientras se llegaba hasta él, y se abrazaban.

- "Tengo un poco de miedo, pero es la hora", le contestó.

- "Yo, también lo tengo. Esto es muy nuevo para los dos, ¿verdad?", dijo ella, nerviosa perdida.

- "Quiero quitarme ya todo, y verte. No puedo tener miedo a tu belleza. Sólo, a que sea distinta de cómo te he estado imaginando todos estos años", terminó de decir, quedándose quieto para que Elena, le ayudara en hacer frente a la realidad.

- "Adelante, yo te ayudo", y Elena, se puso a soltarle las sujeciones de las gafas. Y despacio, se las separó de sus ojos.

A pesar de la suave luz de la habitación, Juan-Carlos recibió de golpe, un montón de estímulos luminosos, de formas y de lo que debían de ser, los colores. Y frente a él, Elena. Sentía asombro por todo lo de alrededor y se quedó sin palabras, al verla a ella, por primera vez. Levantó la mano, y la acercó a su cara y, con sus dedos, fue recorriendo sus labios, su nariz, sus cejas bien perfiladas, su pelo negro, que decían, su cuello. No pestañeaba, ni hablaba, sólo estaba ajustando lo que siempre había tocado, con lo que veía, intentando superponer las dos imágenes, como dos clichés transparentes, del mismo rostro. Y se le caían dos lágrimas porque las dos imágenes eran iguales aunque, sólo la última, venía en color.

- "Dime algo, Cariño..., ¿te gusta lo que ves..., te gusta?", le suplicó ella ante su silencio, absorto como estaba.

- "Eres igual que ella...", decía como si hablara sólo para él mismo. Bajó la vista hasta donde se cerraban los botones más altos de la camisa de Elena y le dijo: "Ábrete la camisa y enséñame tus pechos..."

- "¿A... aquí...? Sí, claro, espera". Y en un momento, se abrió la camisa, se soltó el sujetador y bajándoselo, se los mostró. Él, los miró y comenzó a reconocerlos y a hacerlos encajar otra vez, con la imagen interior descolorida. Y los encerró en el hueco de su mano.

- "¿De qué color son..., los pezones, me refiero...?", le preguntó.

- "Pues no sé, como marrones..." y lo decía con la sensación de como si fuera la primera vez que se desnudase para él: se sentía algo insegura, y

como con un impulso a querer tapar su desnudez. Pero feliz, a la vez.

- "No sé expresar muy bien todas estas sensaciones que tengo en mi cabeza, pero sé que me gustan, que me gustas cómo eres en ellas y que eso debe de ser la belleza de la que tanto me hablabais", dijo Juan-Carlos, sin salir de su embelesamiento.

- "Cariño, me gusta estar contigo aquí, pero estoy pensando en tus padres y en los míos, que estarán intrigados sobre cómo te estás sintiendo en estos momentos tan nuevos para ti. Deberíamos llamarles, o ir a la habitación, si los médicos lo ven conveniente, me parece a mí", dijo Elena mientras se recomponía el vestuario. "Pronto estaremos en nuestra casa, solos, y comenzaremos a vivir una nueva etapa. Creo que he vencido el miedo que tenía para este momento". Y se dieron un beso muy largo. "¿Qué deseas hacer, para cuando salgas a la calle..., qué te gustaría ver, de tanto como tendrás que ver, me he estado preguntando estos días?", le dijo.

- "Ver tu museo", contestó Juan-Carlos.

- "¿Mi museo..., qué museo?", preguntó Elena, sin caer en el deseo que Juan-Carlos le pedía.

- "El Museo del Prado, donde te conocí. Que me lo enseñes otra vez, y no tener que imaginarte en él, ni a ti, ni las obras de arte que allí hay. Eso quiero, para cuando salgamos a la calle". Y siguió, sin pestañear, mirando a Elena, viendo cómo se alejaba para hablar con los médicos. Y pensó:

- "Qué bien..., ahora", para dar respuesta a las dudas durante todo este tiempo que se había tomado para hacerse propietario de la luz.

F I N

